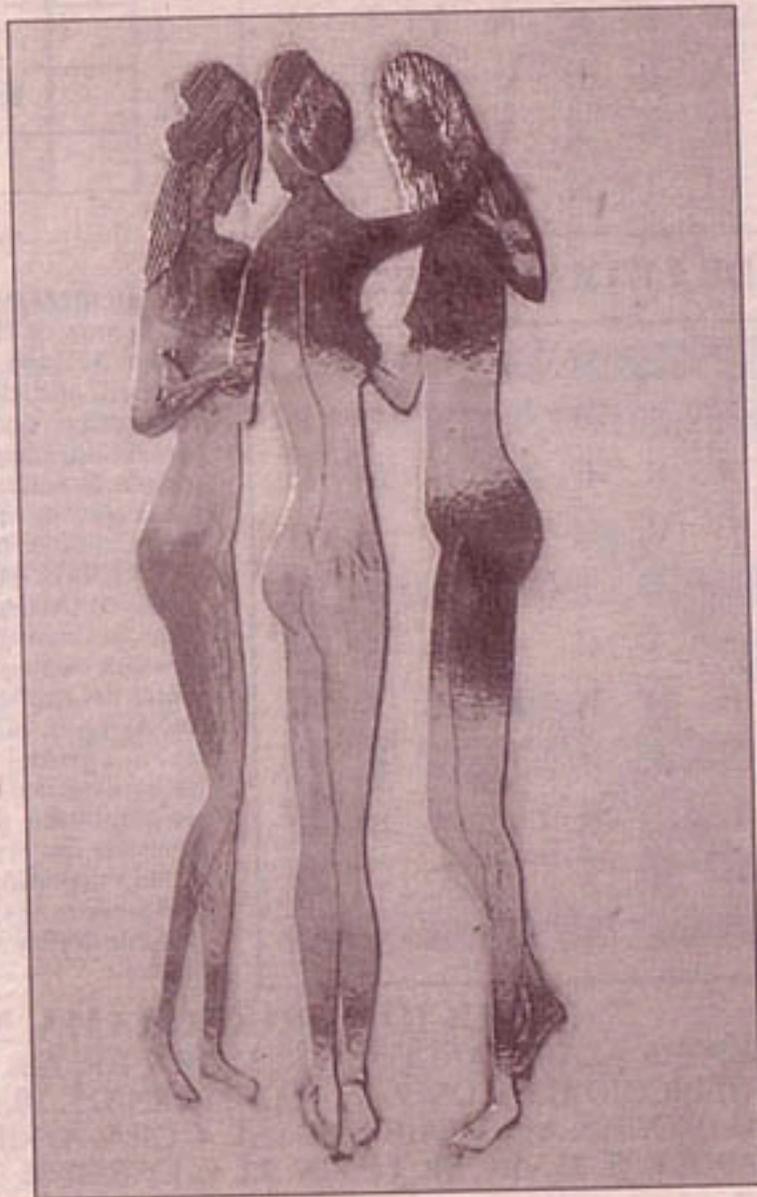


Linda de Sousa, la búsqueda incesante

En el mundo del arte, hay quien se hace a fuerza de trabajo y tesón. Linda de Sousa (Lisboa, 1949) pertenece a los dos grupos. Estudia Técnica Química en su ciudad natal, pero la llamada del arte puede más que cualquier otro interés y se traslada a España (1970) para crear su propio taller de pintura mientras asiste a los cursos de paisaje en la Facultad de BB.AA. Actúa como comisaria en varias exposiciones en América y sigue su labor didáctica tratando de enseñar, ilusionando, todo lo que el mundo del arte puede ofrecer al ser humano.

Linda de Sousa trata de aplicar al arte los materiales más diversos y, a veces, menos en consonancia con lo que se busca; así vemos en su estudio hojas de estaño, de acero, hilos de alambre de hierro, de cobre, CD rooms usados, arena, cola de conejo, cartones, serrín, maderas diversas, agua plast, laxter y todo aquello que sea susceptible de ser



utilizado como medio para lograr el fin propuesto que no es sino buscar la máxima expresión con la mínima materia: a ellos le ayuda su sentido del color y el cromatismo sobrio que sabe imprimir a sus cuadros. Linda busca esa armonía esencial entre las formas reales y las que ella misma va creando; así, vemos adelgazar a las Meninas velazqueñas no para corregir la plan maestro, sino para señalar los defectos de este mundo consumista y materializado que ella, trata tan sólo de interpretar. Y las «Tres gracias», a las que llama las «Tres desgracias» por lo anoréxico de las modelos que ha elegido. Peces, paisajes, interpretaciones geométricas, todo está presente en su obra, que trata de comunicarse con quienes sientan la necesidad vital de expresar sus sentimientos en estos momentos en los que el ser humano, se pierde entre esas recreaciones que nada tienen que ver con el arte, con esa búsqueda y creatividad que nos ofrece, generosamente, Linda de Sousa.